



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

México, 18 de Febrero de 1859.

Mi querida muger: No cumpliria yo mis obligaciones de marido si dejara de partir contigo mi fortuna; pues habiendo contraido el deber de hacer comunes nuestros bienes, cualquiera adquisicion que haga no es de mi exclusiva propiedad, y apénas tendré sobre ella un derecho á medias. No te defraudaré por tanto ni un ardite; y en prueba de mi religiosa buena fé, voy querida mia, á participarte de lo que por mi dicha y no poca ventura tuya, soy dueño actualmente. No espero ver brillar tus ojos de codicia, ni ménos creo que palparás de ambicion: nosotros los habitantes de las Batuecas no tenemos todavia el grado de cultura suficiente para el perfecto desarrollo de esas virtudes sociales. Sencillos por naturaleza y humildes por educacion, no nos apegamos mucho á los bienes de fortuna, y mas bien está en nosotros como encarnado el don de la curiosidad, porque para

ello existe la razon poderosa de que todo nos coje de nuevo. Así es que ya te considero boquiabierto y despabilando los ojos en espera de mis promesas. Para sacarte de dudas, diréte de una vez: que mi adquisicion no es pecuniaria, ni de cosa que palpase pueda; es una adquisicion de conocimientos elevados de la vida cortesana; de la civilizacion de México en el siglo XIX.

Ya te oigo decir en medio de tu batueca sencillez: y esos conocimientos de que me habla mi marido ¿qué valen? para qué sirven? Calla, tontasa! Si hubieras como yo vivido cinco meses en la corte, si te hubieras rozado con los señores y señoras de alto copete, verias cuán interesante, útil y necesario es eso de la civilizacion: Y como, siendo Dios servido, tú vendrás á ser una vecina de esta hermosa capital, mi primer cuidado desde que se me clavó en la mollera este pensamiento ha sido el de observar todo cuanto pertenece y atañe á los modales finos dela corte, para que, domesticado yo, pueda á mi turno haocer que tú dejes esa cortesa rústico-labriega que te cupo en suerte al criarte y vivir en esas remotas Batuecas. ¿Qué tal? Creo que mis conocimientos valen la pena de tu atencion. Préstamela pues que ya comienzo.

Pero como en todo es de absoluta necesidad el orden, porque sin esto todo se envuelve en el caos, y como aunque batueco, algo se me ha pegado de lo que llaman ilustracion, para que yo me explique bien y tu me entiendas mejor, dividiré mis importantes lecciones en dos: una que trate de las personas, otra que trate de las cosas. Creo que por dificeiles que sean tus entendederas, cabrá en ellas algo de lo que voy á decir. Alla vá.

Llaman personas en esta tierra eminentemente civilizada, á todas las figuras masculinas y femeninas que por un capricho de la naturaleza mas bien que por privilegio del cielo andan en dos piés. ¡Alto ahí! me dirás: luego los gallos y gallinas son personas en ese pais clá-

sico: no muger, no: no lo son, y esta precisamente es la escepcion de la regla; pero si esos animalitos no son personas, sono sí, los pollos, y aquí comienza lo maravilloso de la civilizacion de la corte. Ya recordarás que en los corrales de nuestras felices Batuecas, ni los gallos, ni las gallinas, y por una razen muy lógica, mucho ménos los pollos, que en justicia no pueden tener representacion social, pues viven bajo la patria potestad de sus emplumados padres, la echan jamas de personas; pero aquí es diferente. En virtud de los progresos regeneradores de la civilizacion, los pollos estan elevados al rango de personas, y son, no como quiera, sino los que dan el tono y las leyes de la suprema elegancia. Ya ves que es prodigioso.

Figúrate allá en el magín unos boquirubios de tallé esbelto y adamado, derechos como un sauce, flexibles como un mimbre, de cintura delicada, de pecho tan abultado que haria honor á una labriega nodriza, una melena ensortijada y abierta por en medio por una raya geométrica, la cual revela una minuciosidad esquisita al contar los cabellos para repartirlos con mas esactitud que una herencia paterna: si por accidente sobra un cabello, como no admite cómoda particion se arranca, á fin de que no incline la balanza á ninguno de los dos lados: veráslos de un color pálido porque eso es de un gusto esquisito, un bigote perfectamente engomado que atraviesa horizontalmente el óvalo amarillento, y termina en dos delgadísimas puntas á una cuarta de distancia de la pequeña ó grande boca (que en eso no hay regla fija), y siendo un constante amago contra los ojos y narices que se ponen á nivel de esas agujas. En cuanto al ropaje admira la pureza conque estan modeladas las bellas formas de esos hermosos Adónis. Por supuesto, sin contar las libras de algodón que por vía de suplemento se añaden á algunas raquílicas figuras, ya robusteciendo una delgadísima pierna, ya dando incremento al desar-

rollo del exhuberante pecho, ó ya, en fin, haciendo desaparecer algunos otros defectos, que sin el auxilio poderoso de tan precioso vegetal serian notados en el figurin. Cánova mismo se encontraria apurado para encontrar defectos en tan acabadas estátuas. Y las llamo así, tanto por la perfeccion de su estructura, como por la inmovilidad forzosa á que estan condenadas, no obstante su flexibilidad, á fin de que el arquitectónico nudo de la corbata no sufra alteracion, ni la delgada cintura padezca una defecion importuna del apretado corsé. Una bota perfectamente charolada cubriendo un pié breve, unos guantes untados sobre las manos, un delicado rebozo que salva el ebúrneo cuello de las inclemencias del tiempo, y sobre todo unos antojitos que sin ser necesarios juegan sin interrupcion, dan el complemento á esa acabada obra de la industria cortesana. ¿Y la cresta? me preguntarás candorosamente: esa está oculta por un sombrero piramidal. ¿Y cacarean esos pollos? volverás á decir. Sí, señora, y lo hacen á las mil maravillas; porque tienen una palabreria insustancial pero interminable, una maledicencia que raya las mas veces en cinismo, todo como resultado neto de la educacion sumamente superficial con que la civilizacion los ha enriquecido.

Y esto es tan cierto, cuanto que para el pollo han perdido su probidad los hombres de todas las condiciones, su pureza todas las mugeres, su ciencia todos los sabios, su valor los hombres de armas, su justificacion y acierto los que gobiernan. Disputen por todo y sobre todo, y en sus corrillos acaba hecho trizas el honor mas acrisolado. Todo el olor de sus vestidos y cabellos, que en verdad no es poco, jamas basta á quitar la hediondez de sus producciones. En sus amores sen como el gusano que se adhiere á la flor: roen sus ojas y roban sus perfumes, arrastrándose por su tallo. Desde la muger mas recatada y virtuosa, hasta la última comparsa y figuran-

ta del teatro, son, al decir de ellos, emblemas vivos, de sus eróticos triunfos.

Ahora, en cuanto á su modo de vivir, quiero que los conozcas un poco, porque así acabarás de formarte una completa idea de lo que es un pollo de la corte. Desde luego supondrás que tiene padres, porque nunca se da efecto sin causa, y supones bien; pero si cres que esos padres son siempre acomodados para atender á todos los gastos que demanda la vida y costumbres del minado animalito, crees mal: porque si bien algunos tienen regular fortuna, la de otros es demasiado *pizmienda*. Mas sea como fuere, luego que aquel da el piquete al cascaron en que yacia encerrado, trátase en consejo de familia del destino futuro que se dará á ese vastago interesante que ha de mantener en pié los timbres gloriosos de la raza cortesana. Ojalá pudiera trasladarse á los estrechos límites de una carta las acaloradas discusiones de esos congresos domésticos, que como carecen de red de esos congresos de la palabra, y de presidente glamento que fije el uso de la palabra, se extravian la cuestion, la que llame al órden á los que se levantan, y bien claro se echa galleria se alborota, y la bulla crece. El pollo por sus creaciones de ver que se trata del porvenir de un hijo que piensa, en totes y emplumados progenitores. En todas las ciencias, menos en la diplomacia, en la política, en la literatura, se juega un oficio, porque es demasiado innoble para que se juegue á él un hijo de tan civilizada corte. Así es que para corresponder al llamamiento de su ilustre cura, pasa el pollo del cascaron al colegio, mal sabiendo leer y escribiendo peor; porque tambien en la elegancia entra como parte integrante poner el nombre con palotes, é intercalar las mayúsculas con las minúsculas. En el colegio aprende el pollo algo de grámatica, es decir, lo suficiente para poder en un círculo decir con énfasis: "*Jan Lovel*" á tiempo que el cielo con sus negros nubarrones nos amenaza con un diluvio. Aprende de la lógica lo bastante para que cuando sus amigos le suelten alguna pu-

lla sobre tal ó cual barbaridad, pueda responder poniéndose en la punta de sus plés y haciendo saltar sus hermosos ojos: "Ergo yo no valgo nada? "Pero sobre todo, donde pone sus cinco sentidos y luce toda su inteligencia es en la lengua francesa reputada hoy como indispensable para lucir en buena sociedad: no porque sea, como dicen allá nuestros batuecos pedagogos, el lenguaje universal, sino porque con ella se puede decir en plena asamblea cuatro palabras en bárbaro, sin que los oyentes entiendan una.

¡Con qué aire de petulancia dicen esos angelitos haciendo gala de sus ilustrados conocimientos: "*oh mon cher vous tu une mademoiselle tres charmant.*" La baba se nos cae á nosotros los pobres *payos* cuando por nuestra desgracia nos encontramos en medio de cinco ó seis pollos, y nos quedamos como tonto en vísperas, oyendo la algarabía que forman con sus agudos típleas esos émulos de Boieau y de Chateaubriand. En cambio de algunas palabras francesas que han aprendido, han olvidado el incivil idioma de Castilla, como incapaz de recibir las impresiones de la civilización. Y hacen bien, porque eso de hablar español y de hablarlo correctamente es del buen tiempo de Cervantes, y frescos estábamos con volver á esa época retrógrada en tiempo de progreso: semejante absurdo sería un anacronismo garrafal. Dime ahora, mi pobre muger, si con tan buenos principios, á los cuales se añaden las indispensables lecciones de baile que adquiere el pollo de los que ya tienen el espolon algo crecido, no podrá sin empacho dirigir su vuelo á los salones de la elegante sociedad. Dime si estos no le serán abiertos con el pasaporte que lleva en sus adornos y sus gracias.

Pero para llegar á esos templos, necesitamos ántes echar una ojeada á la vida íntima del animalito y ver los preparativos de sus diarias expediciones. Por regla general, y por contraposición á los pollos de nuestros ga-

llineros, los susodichos se levantan á las nueve de la mañana despues de haber apurado un posillo de sustancioso chocolate con su correspondiente comitiva de bollos y bizcochos: esto en el evento de que haya *cumquibus*; que en caso contrario suple muy bien un plebeyo jarro de atole ó un vaso de agua fria. Una vez en pié, la primera y mas precisa diligencia es la del tocador. ¡Oh muger mia! Si penetraras en el santuario de esos bien parados pollos, estupefacta te quedarás creyendo que era la trastienda de una botica ó el laboratorio de un nigromante. Inmenso es el número de redomas y de botes que contiene aquella complicada oficina: ya son los aceites que dan tersura á la piel; ya son los ungüentos olorosos con que empapan sus cabellos: ora encuentras multitud de esencias con que cubren los vestidos, ora son polvos conque limpian sus menudos y á veces espaciosos dientes. No, no: de seguro que la multitud de objetos de ese inmenso arsenal vuela la cabeza mas firme y sofoca al mas fuerte jayan. Ver á esos títeres ensayar caravanas y gestos, posturas y genuflexiones, es asistir á un hospital de locos, donde cada uno de los pacientes tiene diversa manía. Un observador que quisiera conocer todas las inflexiones de la monomanía, sin tomarse el trabajo de salir de un punto, haría un acopio de descubrimientos en un retrete de esos que te pinto, por tener la ventaja de que un solo individuo reúne todos los caracteres diversos de la locura, que en otra parte hallaría diseminados.

Hétemele ya en todo su brillo: sale á la calle, sus primeros pasos se encaminan á donde vive la dulcinea en actual ejercicio, pues aunque es todista por inclinación, siempre hay un lugarcito privilegiado para cierta *leona*, que á su vez le paga con la misma tolerancia de cultos. Ya encuentra en el balcon á su adorado tormento, y el enamorado Medoro llega al pié del muro que guarda á su apasionada Angélica. Establécese un diálogo intere-

sante entre la almiarada pareja: diálogo que no teme la censura, porque la libertad de hablar ha dado de baja á los fiscales que pudieran ejercerla sobre sus inocentes producciones, diálogo que oye el que pasa, que edifica á los vecinos y que entretiene admirablemente á los muchachos: allí va la pantomima á su mas alto grado de perfeccion: allí son los cambios de rosas y pañuelos: allí se establece una estafeta erótica, que ni paga portes ni teme las infidelidades de los empleados del ramo: allí pasan las comunicaciones mediante los hilos y alambres enganchados, que sin disputa son mas eficaces y violentos que los del telégrafo electro-magnético, y están ménos espuestos á que un mal intencionado pronunciado los interrumpa á fin de que los mensajes no lleguen á su destino: allí se conjuga el verbo amar en todos sus tiempos y modos, hasta el extremo de que un profesor de gramática se ballaria apurado para seguir la rápida volubilidad de esas ejercitadas lenguas: allí son las citas, las quejas, las querellas, las estratégicas operaciones para adormecer la vigilancia poco activa de las mamás ó las tías.

Después de esta importante ocupacion el pollo se dirige á la catedral ó á otro templo cualquiera; pero no creas buenamente que va á rezar, porque eso es muy añejo y propio solo de la batueca ignorancia: va á pasar revista de todas las hermosuras que concurren allí, y á examinar si la Paquita lleva preñida la flor que anoche le dió en el baile, ó si la Concha tiene en el dedo la sortija de á dos pesos que le regaló ayer en el paseo. Allí, lo mismo que en otro teatro, son las contorsiones y los gestos, el llevar el pañuelo á la altura de la boca, el ponerse la mano en el corazon, el mirar á todos lados con pretensiones de importancia, el no dejar á alma viviente fijar la atencion á lo que pasa en el altar. Allí son los paseos á la hora que el ministro esplica las verdades de la religion: allí como si fuera caballo de circo

ó yegua que trabaja en la era, da mil vueltas al templo para ver y ser visto, para que ni una sola belleza escape de las saetas de sus infatigables lentes. Sale de allí lo mismo que entró, talareando una aria que nadie escribió, y llenando el cementerio de su fatuidad y de sus aromas. Corre al portal, al café, adonde quiera, con tal que encuentre animales de la misma especie: con ellos anda por todas partes, contándose recíprocamente sus amores, luciendo despojos tal vez adquiridos en el baratillo, pero que unos y otros, engañándose mutuamente, adjudican á la hija del general H,* á la sobrina del ministro N,* á la pupila del banquero Z.* Cada cual refiere una anecdotilla azas picante, con sus ribetes de escandalosa, se burlan de éste, critican á aquel, y se marchan todos á buscar donde por ese dia puedan sacar el vientre de mal año.

Llega la tarde, y si puede disponer en propiedad, ó mediante cuatro reales de alquiler de un ensillado rocín, se lanza al paseo á escoltar los coches de las beldades: si esos posibles le faltan, se encamina pedestremente á alguna glorietta de la alameda, para deleitar sus ojos con el brillante panorama de las hijas de Eva. Pero ántes que el sol oculte su luz detras de los montes que circundan el valle, corre el pollo por todas partes, echando mil flores á cuantas quieren oirlo: ya es uno de los balones mas aristocráticos el que sirve de iman á sus miradas; ya es una modesta costurera que sale de la tienda de Emilia ó de Virginia en la que fija su atencion. A todas acomete, á todas embiste: con tal que el objeto de sus requiebros pertenezca á la otra mitad del género humano, maldita la distincion que hace de rangos y gerarquías, que en esa parte es partidario de la igualdad.

Sucede algunas veces que á consecuencia de esta nivelacion de clases, el pollo, cuando ménos lo espera, oye la voz aguardentosa y ronca de un gallo viejo, y de democrática raza; pero aquel se retira prudentemente por

no alternar en cuestiones de esa clase con el *populo bárbaro*, y sobre todo, porque los crecidos espolones de su adversario hacen erugir de espanto los nacientes suyos. De estas y otras correrías por el estilo, sale victorioso, merced á la apelacion que hace á sus ligeras piernas, y algunas ocasiones gracias á la verbosidad que posee y que el pueblo no entiende, y cuya traduccion, si se empeña en hacerla, da lugar á que el pollito se ponga al abrigo del gallinero.

Del paseo va á la ópera, ya porque hubo á quien pellizcar el valor de la entrada, ya porque aprovechando la distraccion del cobrador de billetes, pasa entre la multitud, fingiendo que es del número de los que han pagado, ó agazapándose entre los de talla mayor que la suya. Si por desgracia es sorprendido *in fraganti* delito de fraude, no creas que el pollo muda de color ni suda: tiene el desparpajo suficiente para meter mano á la bolsa, buscar el boleto, fingir una sorpresa grande por haberle dejado en el traje que cambió, y con mucho aplomo dice: "*Usted dispense: voy á traerlo.*" Sale lamentándose de su malhadada distraccion, que le hace dar muchos pasos hasta su casa, y lo que es mas, le priva del interesantísimo principio de la obertura, tanto mas cuanto que estaba comprometido á ver en su palco al conserjero T.* Si en vista de tanta lamentacion algun batueco que tiene cerca deja conmovier su corazon, el pollo se ha salvado; porque ¡qué entrañas, aun de tigre, tendrían todo el estoicismo bastante que impidieran á la mano alargarse, encogerse, introducirse en el bolsillo y presentar á ese sentimental Jeremías el valor del asiento! A un cumplido caballero se le sirve, no digo con esa bagatela, y mas cuando se trata de evitarte molestias y contratiempos: eso nada vale: "Mañana corresponderé, amigo mio," dice con una gracia que cautiva; y mañana y los dias siguientes, si vuelve á encontrar á su favorecedor, ni lo conoce siquiera, á

no ser que tenga alguna nueva empresa que acometer contra el pobre babieca.

Es del mejor tono entrar al teatro haciendo ruido, llamar la atencion sacudiendo el cojin, aun cuando esté ménos sucio que el pañuelo, flechar el lente á los palcos, reir con la dama que por casualidad fijó la atencion en el importuno, y eso aunque ni sepa quien es, porque lo importante en esos casos, lo verdaderamente satisfactorio consiste en que el público entienda que tiene dares y tomarses con ella. En la luneta es de todo punto indispensable tener las piernas en posicion horizontal, y los piés sobre la cabeza del que ocupa el asiento delantero: es necesario seguir la orquesta y la cantatriz en voz alta, sin temor de desentonar, llevar el compás con el baston, aplaudir estrepitosamente aunque no se entienda una jota de lo que cantan, y sobre todo, salir ántes que concluya el espectáculo para formar en ala á la salida del teatro, y ver á todas las que salen: colocarse lo mas cerca posible del coche para aprovechar ciertos lances imprevistos que al dia siguiente deben figurar en la crónica como hechos adrede y para satisfaccion particular del observador. El pollo que hace todo esto ha llegado á adquirir un diploma honorífico en su profesion, y puede ya reputarse digno de recibir el premio de su gloriosa carrera. Es el pollo por excelencia.

Si no hubo opara ó modo de entrar á disfrutarla, entónces él paseo de las cadenas en noche de luna, ó algunas tertulias en noches oscuras son el complemento digno de tan bien empleado dia. En cualquiera de esas partes busca al pollo desde luego una pareja á propósito, que de todo hay en la viña del Señor, y allí se comienza un nuevo idilio, ya contemplando los resplandores de la luna y haciéndola testigo de mil juramentos que se cumplen tan religiosamente como los de nuestras constituciones, ya improvisando en las casas donde se instala el afortunado pollo, un rato de baile para entablar inte-

resantes diálogos en las rápidas vueltas de un vals, ó en los ondulantes movimientos de una varsovia ó en los intermedios de la aristocrática cuadrilla. Apretones furtivos de alabastrina mano, palabras interrumpidas por la intempestiva pregunta de un tercero, protestas ardientes que el sueño disipa, y otras mil curiosidades que en nuestra rústica tierra ignoramos, dan el último matiz á la culta é ilustrada vida del pollo. A las doce de la noche desaparece como los espectros; se encierra en las cuatro paredes de su aposento; duerme concienzudamente, como que ha llenado con esactitud los deberes y ocupaciones de su brillante existencia: sueña bailes y bureos, y á las nueve de la mañana siguiente vuelve con la misma puntualidad á seguir la corriente de su destino. Fuera de esto nada existe para él: su pasado ya no lo recuerda; y su porvenir... bah! no se cuida de él, porque no sabe si vivirá mañana, y bobera muy grande sería apurarse por una cosa tan incierta.

Acaso vas á preguntarme el secreto que poseen los pollos para proporcionarse cuanto han menester. supuesto que no todos tienen quien les llene el buche ni les abra un amplio bolsillo como se necesita para una vida toda de goces y de deliciosa ociosidad. Muy justa es tu pregunta si la haces; y yo, á fuer de verídico narrador, te diré que esos secretos los guardan los pollos religiosamente, porque teniendo tantos encantos la existencia que llevan, quieren con justicia gozar de la propiedad que de tal profesion industrial han adquirido. Si todos conocieran el misterio ¿cómo se multiplicaria el número de los adeptos? Así es que no puedo satisfacer cumplidamente tu pregunta. Lo mas que he podido colegir al cabo de haberme devanado los sesos y de quemarme las pestañas, es, que cuando faltan los padres riquillos que suelten la mosca, un pollo se proporciona vestido, calzado y todas las demas etcéteras por vía de magia. Verdad es que de estas manipulaciones no gus-

tan cosa, ciertos inciviles sastres y algunos plebeyos zapateros [que á guisa de corsarios dan caza al pollo, bien por el importe de un pantalon, bien por el valor de unas botas. ¡Y quién seria el temerario que osara disputar á un elegante el derecho de deberle á todo el mundo? Solo á la gentecilla de poco mas ó menos se le dan los efectos al contado; pero ¿á un pollo? seria envilecer la raza; seria tener en muy poco á esos primorosos consumidores de todo lo que es de última moda. El vientre se llena de succulentas viandas servidas en las mesas donde el pollo vive como planta parásita: hoy come aquí, mañana acullá *et sic semper*; porque hoy es día de su santo de folanita y es preciso felicitarle; y como la hora de etiqueta está cerca de la hora de comer, y como el pollo tiene chispa, y como es un *bon compagnon* se le invita, y sin mucho trabajo accede á lucir en la mesa sus hermosas cualidades. Mañana va á felicitar á Don Perico por haber obtenido tal destino; estamos de enhorabuena, y es preciso no desairar el convite que por mera urbanidad se hizo, pero que es aceptado sin resistencia. Y cuando todo turbio corra, cuando no haya ni cumpleaños, ni empleos, ni otras zarandajas que traen consigo un espléndido refectorio, queda el recurso de ir á una fonda á esperar á un amigo que no ha de venir, y pocas veces falta un comensal batueco que tambien por urbanidad entable conversacion con el pollo, quien con ese tacto finísimo que la civilizacion le ha concedido, conoce desde á una lengua de quién puede sacar y de quién no, la raja que pretende. Empeña la plática con nuevos y sorprendentes pretestos, escitando á cada instante la curiosidad peculiar del provincial; y con la destreza de un cazador que asecha su presa, pone lazos á la generosidad de su interlocutor y le conduce como por la mano á que le ofrezca de comer. Soltar la oferta y volar el pollo sobre ella, es una operacion tan rápida, como la del milano cuando se arro-

ja sobre una atribulada paloma. Y si á pesar de sus flores retóricas no consigue infundir en su auditorio un espíritu de benevolencia, no por eso le faltan arbitrios. Tiene un ojo verdaderamente práctico, una vista inteligente para conocer á los habitantes sencillos del interior, y desde el momento que descubre á uno lo asalta sin remedio, llevando por armas su lengua, y por motivos de su agresion un principio que conoce á las mil maravillas: *venit non patitur dilationem*: unas veces hace el papel de un pobre estudiante que carece de libros para seguir su carrera: otras es un empleado destituido por envidia de su conducta inmaculada; otras es un hermano afectuoso, pero cuyo trabajo no alcanza á cubrir las necesidades de tres hermosas hermanitas que su difunto padre encomendó á su proteccion. ¿Pero cómo se acomoda esa caterva de mentiras con sus elegantes vestidos? Parece, pichona, que no conoces á nuestros paisanos. Pero el pollo que los conoce mejor que tú, y que sabe dónde se puede descolgar sin que puedan marcarle el alto, acomete con la seguridad del triunfo, porque sabe que no le han de hacer preguntas importunas, y aun cuando se las hicieran, de mas graves lances sale con facilidad. Pues todavía, para el remotísimo evento, de que esta industria no le produjera efecto, le queda otra, y es la de ocurrir á las casas de juego, donde pide prestado y juega, donde le da barato el ganancioso, y donde no pocas veces quedan *muertos* que él levanta, ó denuncia lances que á otros se escapan y á él le producen. De allí, por poco que saque, lleva lo suficiente para pasar uno ó dos días, que para lo de adelante seguirán las industrias y honestas ocupaciones que ántes he dicho.

He aquí toscamente bosquejada una parte de la cultura, de la civilizada, de la brillante ilustracion de la corte. No creas que lo he dicho todo: no he querido mas que trazar á gordos brochazos algunas de las maravillas que nunca has conocido, ni pudieron siquiera imagi-

nar los sabios de nuestro lugar. Porque, francamente, querida, ¿hay de esto en nuestras batuecas? En tus felices ensueños habías llegado á ver una perspectiva tan deliciosa como la de la vida de corte? Las costumbres y la vida de pollo no revelan un foco de luz tan brillante que hace plegar los ojos con sus resplandores? Pues bien, Bibiana mia; todo esto no es mas que la muestra: cuando hayamos dado algunos pasos mas, tendrás razon para admirarte. Poco á poco te iré civilizando, y en mi siguiente carta, si Dios me deja escribírtela, procuraré hacerte comprender la otra mitad de esa gran familia polluna; la cual mitad, tambien en virtud de la civilizacion, no lleva el nombre de *pollas* como cualquier batueco supondria, sino que se llaman *leonas*; pero no te asustes, porque aunque se les dá tan terrible nombre no tienen garras, si bien gastan melenas; y en fuerza de ser unos animalitos harto civilizados, han sustituido á la ferocidad de las reinas del desierto la mansedumbre de los borregos, ó de los corderos, que todo se va allá. Adios, mi pobre lugareña; ¡cuánto te compadezco por estar todavía privada de los bienes inapreciables de la civilizacion. Espera mis otras cartas, y con ellas acabarás de admirarte.—*Caralampio Molinero del Cerro.*

México, 21 de Febrero de 1859.

Muger mia: Ya sabes cuánta es la puntualidad con que desempeño lo que ofrezco; y tratándose de tí, mi hermosa lugareña, y tratándose sobre todo de que adquieras la necesaria instruccion en los usos de la corte, y de que recibas el barniz cortesano que mas tarde aquí debes lucir, ya comprenderás con cuánto mayor motivo debo ser esacto. Hay otra razon, en mi concepto, mas poderosa que las anteriores, y es que se trata hoy nada ménos que de los usos femeninos, en los cuales te considero mucho mas interesada que en los masculinos; y como conozco tu natural impaciencia, allá voy, no me haré esperar mucho.

Te dije en mi anterior, al anunciarte esta, que las *lechuguinas* como por allá decimos, aquí han tomado el retumbante nombre de *leonas* y aunque allí te dí una

ligera esplicacion sobre esto: voy ahora á ser mas claro, escúchame con atencion. Una muger que lo entiende ha dicho que la muger solamente lo es á condicion de ser buena, suave, afectuosa, tierna, y que no reuniendo ninguna de estas cualidades la *leona*, la reina salvaje del desierto, es hasta cierto punto una injuria dar ese nombre á las jóvenes bonitas; pero se conoce que esa marisabidilla no conocia bien á sus hermosas compañeras; porque en tanto aceptan la comparacion del nombre, en cuanto que este es mas vanidoso y vacio de sentido y de razon. Tú, que estás criada allá donde la verdad se dice siempre, aunque sea amarga, confesarás que por lo mismo que no tiene sentido, debe estar mas á la moda. Y sobre todo, la leona es la reina de los cuadrúpedos, y la muger lo es de los bípedos: he aquí la verdadera razon del nombre, y dejémosnos de otras filosofias.

Dejando, pues, ese punto, pasemos ahora á decir qué se necesita para merecer el honroso título de muger elegante. Es necesario, en primer lugar, tener un laboratorio mas surtido y rico que el del pollo; pues si este necesita perfumarse y acicalarse, aquella toma de la casa de Montauriol y de otros lugares por el estilo toda su frescura y belleza. Ademas de los diversos jabones para las manos ó la cara, amen de las diferentes pomadas que bañan el cabello, fuera de las esencias variadas que se destinan al vestido ó los pañuelos, es indispensable una buena dosis de cascarrilla y colorette que debe á todo trance poner las mejillas como ladrillo recién fregado.

Si el tocador del pollo da idea de la trastienda de una botica: el de la leona es un cróquis completo de un taller de pintura. Y si vieras con qué destreza proceden diariamente á retocar aquella marchita hermosura! Estoy seguro de que el mismo Rafael no daba el primer *aparejo* á un lienzo con la maestría que esas bellas dan el correspondiente blanquimento á su hermosísimo busto. Verdad es que á veces sucede que un pañuelo ó una al-

mohada repiten el milagro de la Verónica; cierto es que un sudor á deshora las pone como indianillas francesas; pero tambien muy esacto es que sin estos contratiempos representan muy al vivo un telon de boca, en lo cargado de colores. Ademas, este sistema presenta una ventaja muy grande que deben los moralistas apreciar: ninguna niña se atreve á dar ni á recibir un beso, por muy grande que sea el amor que tenga al novio, porque habria el peligro de que el albayalde se quedase en los labios del atrevido, y en aquel friso de moderna invencion quedarian algunas manchas atigradas que denunciarian el pecado.

Bien: la seccion de pintura queda terminada, y entra la de peluqueria: y aquí sí quisiera yo poseer un talento enorme para poderte dar idea de las variedades inmensas que presenta la leona en sus melenas. Por de contado que para corresponder á su nombre, todas las mas tienen quebrado el cabello, y á las que la Providencia no co. cedió ese ensortijamiento, queda el recurso de suplirse con la caña, ó de hacer por la noche mas cigarrillos que el antiguo estanco, y envolver en ellos la profusa ó menguada cabellera. Ya son unos enormes ahuecados á semejanza de los perros de aguas, ya son unos tremendos envoltorios que semejan los adornos que los borregos lucen en la cabeza, ya son los cabellos levantados hácia atras á guisa de que han visto un espectro, los diferentes dibujos que decoran aquellas lindas cabezas. En todo caso, lo importante es que unos rollos de pelo pongan á los lados de las sienes unos apéndices mas voluminosos que la obra principal. Antes se usaban los ojines para abultar el tafanario; pero hoy han tomado un rango mas elevado: abultan la cabeza.

Vamos á ver el vestido. Uf! qué invasion tan completa ha habido en todos los atavios masculinos! Conven- go en que tengan razon las leonas para usurpar los vestidos de los pollos, ya que estos han querido convertirse en damas. Ellas han recogido los despojos de la virili-

dad. Figúrate que cuando en las Batuecas usamos las *chaparreras* únicamente los que montamos á caballo, aquí las hermosas las traen como parte esencial de su vestido! La sola diferencia consiste en que aquellas son de alguna piel, miéntras que estas, como mas propias de la delicadeza del sugeto, son buenamente de lienzo y estan adornadas con encajes ú otras lindezas por el estilo. Por allá podemos decir que el hombre gasta celzones en su casa; pero por acá los trae el hombre al par de la muger: y con semejante título hay razon para que sean voluntariosas y absolutistas.

Sobre ese hombruno atalaje van unos, dos ó tres pares de enaguas tiesas como un elector á fuerza de almidon: item mas, la elegante, la aristocrática, la cortesana *crinolina*. ¡Jesus mil veces! ¡Qué animal es ese! te oigo ya preguntar, santiguándote á gran prisa. No te asustes, muger, no es mas que el arazon del paragua: entiendes? no? pues es el gas que ha de inflar un globo: tampoco? Pues es lo que ha de dar la figura de un embudo boca abajo: ménos? Pues es el tonillo de nuestras visabuelas, y ahora si creo que me habrás entendido. Pero por si fueres tan topa, que ni aun así, procuraré explicarme lo mejor que pueda. Te diré buenamente que por la parte que toca al suelo debe cubrirse un espacio de dos varas, aun cuando por la parte superior no haya un palmo; y para que mas cabal idea te formes, te pondré un ejemplo tomado de las Batuecas: haz cuenta que vez una gallina tapando pollos, y esa misma figura es la de una leona cuando se sienta en el suelo; mas si está de pié, compárala con un paragua abierto, ó si te parece mejor, con la campana mayor de nuestra parroquia. Ya has puesto la atencion en los pavos, (alias gusajolotes) cómo se estienden de la cola cuando tienen sus ratos de buen humor, pues así es cómo las leonas estienden su vestido en que han entrado veintidos varas de ancho género, cuando quieren dar idea de su elegancia.

Que vengan ahora los poetas y llamen á estas arropadísimas damas *sifides* como ántes lo hacían impunemente; y si acaso encuentran lo aéreo de ellas, será únicamente en el meollo, porque desalojada la ligereza de todo el cuerpo, ha ido á ocupar el asiento preferente de la cabeza. Bien podrá hoy una pintada mariposa desafiar á una de estas juguetonas niñas; los sagalejos y la media arroba que pesará la crinolina, á buen seguro que las dejen mover de un sitio; mucho méros perseguir á su alada enemiga. Porque te hago saber que á fin de que ese adminículo tenga las condiciones indispensables debe tener cuatro ó mas aros de fierro, sin los que el armazon quedaria informe. Por eso verás dos cosas: la primera que en el dia es indispensable que en cada casa de buen tono haya fragua para que esté componiendo las crinolinas, así como ántes habia joyero; y la segunda, que siendo nuestro siglo llamado por los tontos insustancial y ligero, las damas han querido dar un menís á los parlanchines y ostentan mucha carne y demasiada gravedad; pero este es el resultado de las varillas de fierro, y aquella está figurada por setenta varas de género. Convento en que esta es una proteccion directa al comercio; pero tambien es el tormento continuo de los papás y maridos, y entiendo que la caridad bien ordenada por la casa debe comenzar

Las invasiones á la agena propiedad no se detienen aquí. Han tomado del sexo fuerte la levita, la chaqueta, el chaleco, la corbata, la talma, el surtú, y lo que es mas, hasta los tacones. Ninguna ninfa deja hoy de entrar á las salas y á los templos haciendo mas ruido que un recluta cuando marca el paso. Es por aumentar la estatura, ó es por avisar á los espectadores que llega un objeto mas digno de sus atenciones. No lo sé á fé pero puedes creer cualquiera de las dos suposiciones, y te aseguro que no yerras.

Pero, no hay duda, todo es monstruoso; debe todo dis-

tinguirse por su enormidad. Sea que la leona se cubra la cabeza con la mantilla ó el tápalo, sea que ostente un elegante peinado, debe lucir unos *fistoles* con cabezas pleonasmáticas, porque ó bien son unas gruesas manzanas, ó bien son unos regalados gitomates, ó por fin, son unas perillas de balcón á las que honran con el modesto nombre de *clavillos*. Pues si estos son los diminutivos ¿qué serán los aumentativos, Santo Dios?

Por fin queda la leona en disposicion de presentarse á sus admiradores, y, ó es el balcón donde luce sus encantos, ó marcha impávida á la calle á recibir aplausos. Por donde quiera que pasa lleva la cabeza erguida, marcha con mesura y recibe el obsequio de que se la ceda el paso ó cualquiera otro de urbanidad, con un supremo desden, con la conciencia de que nada se hace en su favor que no merezca, y por lo mismo nada es demasiado. Si entra al templo, busca desde luego una compañera con quien entablar una larga conversacion, y si se ofrece allí paga las visitas que debe á su amiga, cuidándose poco de reir como en su casa ó levantar la voz como en el mercado. Si va al paseo, ordinariamente lo hace en coche, y entónces debe ir tendida muellemente dejando flotar por uno y otro lado los dilatados pliegues de su vestido: algunas veces tiende perezosamente sus piés en el asiento delantero, del mismo modo que si se encontrara en lo mas retirado de su gabinete, y sin tener por testigo de su coqueta postura á todo un público, maldiciente por demas y comentador sin escrúpulo. Si va á pié es de todo rigor la sombrilla, aun cuando el rubio Apolo esté como dama desdeñosa, sin querer mostrar la cara; pero la sombrilla, por un contraste singular, de esos que no tienen esplicacion alguna, debe ser un solideo ó poco ménos, porque muchas veces no alcanza á cubrir sino parte de la cabeza.

En cuanto á las costumbres y vida íntima de la leona, en cuanto á su educacion, casi casi nada tengo que

decirte, despues de haberte dado á conocer los hábitos del pollo: porque salvas las diferencias propias del sexo, la semejanza es muy grande. Por supuesto que en una confidencia de amigas no hay aventuras escandalosas; pero si hay lectura de epístolas que por cierto no son las de San Pablo, ni algunas otras de las que la Iglesia llama católicas. Se habla entre ellas de pasiones; pero no entiendas que de las que escribieron los Evangelistas: se confian las citas que tienen pendientes; mas no para evacuarlas en algun libro. En fin, unas á otras se revelan sus secretos y se hacen la relacion de la crónica de todas y cada una de las conocidas y no conocidas, porque nadie escapa en aquel periodismo femeníl.

En cambio de todas estas hermosas cualidades verás que tales personas jamas visitan la cocina, porque seria indigno de una reina, aun cuando sea del desierto, entender en la confeccion de un plebeyo puchero: la aguja suele pasar por sus manos, pero solo cuando se trata de lucir la habilidad en un bordado: la escoba es planta exótica para ellas; los libros, como no sean novelas de Hugo, ó de Dumas y de vez en cuando algunas de Süe, les causan horror: y para no cansarte, con tal que bailen con soltura una redowa, ó martiricen algo un piano juntamente con las orejas de los oyentes; con tal que puedan decidir sobre el uso de la crinolina, y de las salidas de baile, y de las capas argelinas, y del lenguaje de las flores, y de remanzas, y de cavatinas, ya puede llamarse perfecta la educacion de esas hieldades de gran mundo.

Estupefacta estarás, cordera mia, con la narracion de tantas maravillas; y acaso quisieras estar á mi lado para desatarte en preguntas que sin duda se te pudren en el cuerpo, á cada novedad que te descubro. Pero, cómo ha de ser: yo creo explicarme con toda claridad; pero si tú no comprendes la mayor parte de lo que te digo, la culpa solo la tiene esa civilizada ilustracion,

que sin acordarse que tambien nosotros somos hijos de nuestros padres, no ha llevado sus beneficios hasta nuestras remotas Bataecas. Mas no hay que afligirse ni darse á la desesperacion. Ya vendrás á la corte, y verás con tus propios ojos la verdad de cuanto te cuento, y trayeñdo contigo este acopio de conocimientos que procuro infundirte, poco trabajo te costará aclimatarte á los usos elegantes de corte.

Si debo recomendarte desde ahora, que dejes por allá el corazon que Dios te dió, porque las mugeres aquí, al fin leonas, deben tener sentimientos iguales á la gran reina, que les da su nombre. Es de un pésimo tono el mostrarse uno tal cual es, y se debe llorar cuando otros lloran, aunque maldito de Dios la lágrima que salga del corazon, y por el contrario se debe reir, aunque mas este el individuo para hacer pucheritos. Pero no te asustes: poco se llora aquí, principalmente entre las damas; y la razon es que se han empeñado en desmentir las exageraciones y licencias de los poetas que á cada paso convertian en perlas las lágrimas de las hermosas. Hoy si una leona llora, cosa verdaderamente singular, los cantores de su belleza dirian, y con mucha verdad, que si tales lágrimas no eran perlas era una cosa muy parecida, porque el albayalde mezclado con el líquido de los ojos formará al deslirarse ciertos globitos sólidos, que dejados endurecer al sol, podrian pasar por lo ménos por cuentas de un rosario. Lo que sí, se hace en la culta sociedad es cantar; pero como el idioma castellano es muy vulgar, debe hacerse en italiano, aun cuando no se entienda de él una sílaba, vale que para espresar los afectos la Cortesi ó la Tomassi cantan en el teatro y de ellas puede tomarse la actitud que mas cuadre á cada individuo.

Descendamos ahora un poco, y hablemos de las *seudo-leonas*, que es como si dijéramos de las intrusas, de las que no siendo otra cosa que unas pobres hijas del pue-

blo afectan los usos y aun el dialecto de la elevada sociedad. Se disfrazan perfectamente, pero al mas ligero desouido notarás debajo de la piel del leon la pezuña que denuncia al asno. Y líbrete Dios, como de la peste, de una de estas fingidas señoronas, porque donde te llegue á pillar, te aturde, te cotunde, te anonada. Te hablará de todo con tono magistral, te referirá la multitud de sus tertulias y *soirees*, de sus conyites y recepciones, de sus *album* y *souvenirs*; y tanto, tanto te dirá que á vuelta de media hora tu cabeza será incapaz de retener toda esa seccion de variedades:

Pero no, paloma, no te dejes cojer en esas redes. Atiende á mis consejos que si no son los de la sabiduría, son á lo ménos los de la esperiencia. Voy á darte una lijera idea de esta nueva especie, por si tu negra fortuna te pone en contacto con ella.

O la falsa leona de que tratamos vive al lado de la legítima leona á quien parodia, ó no. Si lo primero, lo mas comun es que vejete allí en calidad de costurera, ó ama de llaves; y en continuo contacto de ambas, hace que las maneras y extravagancias de la una vayan infiltrándose en la otra; y como, preciso es decirlo, una de las buenas cualidades de la leona (la verdadera) es ser manirota y franca, sucede que el vestido cuya moda pasó y que no pudo tener la cómoda salida de cambiarse por piezas de cristal ó losa que adornen el tocador, ó que ciertas ropavejeras encubiertas no han querido comprar, pasa á ser esclusiva propiedad de la adjunta leona, mediante la generosa donacion que con todos los requisitos legales hace de él la señorita, y cádate á mi heroína vestida á la parisiense; y voto á cuatro! que hace honor al uniforme por mas ilustre que él sea. Si acontece lo segundo, entónces la surten de elegantes trajes esas mismas compradoras de ropa que he mencionado, y que no obstante vender mas cómodamente que en muchas de las innumerables baratas que pululan en la cortesana

Méjico, siempre ganan un noventa por ciento. Figúrate si comprarán á su vez á precios equitativos. Pero como es de muy buen tono variar trajes, el que se ha usado algunas veces ya no sirve para otros usos que los mencionados. Si la provision no trae ese origen, entónces reconoce otro que no le va en zaga: su vestido ha salido de las casas de empeño, de las cuales te hablará en mi tratado de cosas. Por ahora confórmate con saber que ya esta vestida decentemente la niña en cuestión.

Su domicilio es por lo ordinario un mal cuartejo en una casa de vecindad, donde posee unos muebles análogos á la habitacion; pero nunca penetrarás en ese santuario, porque sería la vista de su aposento, la muerte de todas las ilusiones que hubiera querido infundirte. Así es, que si despues de haberte referido una historia amenizada con los recuerdos de un concierto ó las reminiscencias de un baile, le preguntas cándidamente por su casa, ó te da señas estraviadas ó se desentiende de la pregunta haciendo pasar la conversacion á cosas muy diversas; pero con una volubilidad admirable. Y si por casualidad haces conocimiento con ella en el paseo ó en la calle, no la introduces á tu casa, porque con el mejor *donsaire* del mundo, á la media hora de amistad te pretestará cualquiera excusa que la obliga á llevarse tu tápalo ó tu vestido dejándote el que lleva, que siempre vale mucho ménos que la prenda que le franquess. Porque eso sí, querida, aquí se hacen amistades, principalmente femeninas, con mas facilidad que la que por allá tenemos en bebernos un huevo tibio. Ya se vé: están aquí todos tan civilizados que á una simple ojeada saben ya con quien han de congeniar, y por lo mismo no se tardan mucho en andar *harto* camino. A la primera vez que se encuentran se saludan, á la segunda, se abrazan y á á la teroera se tutean, como tú y yo lo hacemos. Qué felices son estas gentes en tener tantos amigos,

cuando ya ves que por nuestras Batuecas no se alzan cosechas de ellos como de calabazas!

Si esta leona está impedida de imitar á la otra en el uso del coche, y en las asistencias al teatro, por ciertos motivos que me callo, no lo está de remedarla y aun de sobrepujarla en otras cosas; por ejemplo en la concurrencia al templo. Como en la casa de Dios todos somos iguales, mas que en ciertos sistemas de gobierno que yo me sé; vieras á esta mona entrar con tanta gravedad como un guardian que va á presidir el coro despues de refectorio: vieras su finchada magestad al pasar por entre gentes que no la conocen, y viérasla esponjarse y estenderse sobre el pavimento, tan gallardamente como lo hacen aquellas plantas de nuestros lagos cuyas hojas nadan en la superficie de las aguas, levantando en medio de su multiplicado ropaje una pequeña flor, mucho mas bella sin duda que la cabeza que aquí asoma entre una pieza de tela. Muchas veces quedan sepultadas bajo esas *avalanches*; pero nadie podrá persuadirme de que la higiene no haya ganado con esto; porque un constipado, una calentura, se pueden curar con facilidad, mediante ese sistema de tomar sudores, y ya verás sino es una ventaja inapreciable deshacerse tan á poca costa del médico y del boticario, y sobre todo de una enfermedad.

Hay por allá por la Palestina: segun dicen los que lo han visto, un árbol á orillas del mar muerto, que da unas manzanas hermosísimas á la vista por su hermoso color, y por su perfecta redondez, pero son manzanas que al partirlas, solamente se encuentra en su interior ceniza. Pues creo que los que emprenden un viaje tan largo para ir á conocer las tales frutas, son mas batuecos que yo, puesto que sin necesidad de cansarse tanto, sin gastar sus reales y sin tener, que lidiar con peajeros, posaderas y sobre todo con diligencias, sin salir de esta hermosísima ciudad podían encontrar de esas manzanas á docenas. Porque ¡qué otra cosa es la leona intrusa,

sino una manzana atendida su redondez? y ¡qué otra cosa presenta á la vista sin el coloreado traje que es como la corteza de la consabida manzana? Pero falta la ceniza, me dirás: pero no señor, no falta, responderé yo con aire triunfante; y con razon, porque si el interior de esa fruta no es ceniza, es á lo ménos de color cenizo, segun la poquísimas limpieza que encontrarás. Ergo pillete. Y tienes que he cumplido mi intento.

Con las lecciones y documentos preciosísimos que acabo de ministrarte, supongo que irás saboreando las delicias de la civilizacion, y quien sabe si estará haciéndosete agua la boca por venir á gustar esta vida encantadora; pero no hija mia; aun no dejas el pelo de la dehesa, y sin acabar de ilustrarte, no he de ser yo quien te traiga á cometer mil tontunas impropias de tan cultísimo teatro. Así es que por ahora no hay *mus*. Déjame acabar de instruirte, y si veo que aprovechas mis importantes trabajos, y si no temo que me hagas sudar de vergüenza, ¡oh! entónces vendrás á perfeccionar tu educacion en medio de esta nobilísima ciudad. Conque aguarda mis otras cartas que pronto te las enviara tu—
Caralampio.

México 24 de Febrero de 1859.

Bibiana mia: Cuánta será tu impaciencia por recibir mis epistolares producciones, la calculo por la mucha que yo tengo en enviártelas, y como somos dos en una carne, según nos dijo nuestro buen cura, somos de un mismo modo de pensar, fortuna que no todos los matrimonios tienen, ni mucho ménos los que se suelen hacer aquí en la corte. Así es que sin esperar á que me digas nada sobre mis anteriores, las cuales contestarás cuando el señor administrador de correos te permita su respetable licencia de usar de la estafeta: sin aguardar á que me hagas una multitud de preguntas que sin duda se te ocurrirán, me apresuro á enviarte esta que tiene por objeto el seguir catequizándote en la que hoy mas

necesaria te es: en el conocimiento de las costumbres de la corte.

Hiciste ya conocimiento con los dos legisladores supremos de la perfeccion elegante, el pollo y la leonavoy ahora á ponerte frente á frente de otra clase de individuos, dignos de llamar tambien tu atencion, porque es una especie muy poco conocida allá en nuestra tierra, y propia esclusivamente del clima benigno de México. Llámase la tal especie de *cotorrones*, nombre que á decir verdad, no atino por qué ha sido adoptado, si no es por el incansable movimiento de la lengua. Pero en fin, es nombre que el clasificador le dió, y yo no me creo autorizado para hacer innovaciones en lo que hallo establecido. Sus razones tendria, y las respeto.

En esta especie, lo mismo que en la otra, hay sexos; y por tanto debe haber cotorrones y cotorronas. Y como de justicia, el masculino es reputado por mas noble, por él comienza. Un cotorron es como si dijéramos el maestro, el decano de los pollos, y aunque friza en los cincuenta y tantos años, le gusta mucho asociarse de preferencia á los mozalvetes. Muy poco se cuida del contraste: por el contrario, cree que al lado de ellos puede ocultar su medio siglo, y pasar por compañero de los infantiles juegos de aquellos. Para hacer mas completa la ilusion, viste con el mismo esmero, y si puede sobrepujarle no le pesa. Como á esa edad acontece las mas veces que ya las carnes van perdiendo su morvidez, y en lugar de ella aparece cierto estudio anatómico, forzoso le es requerir al benéfico algodón á fin de que la robusta pantorrilla anuncie unos veinticinco años, y el pecho, y la agobiada espalda adquieran unas formas verdaderamente juveniles. Si los dientes han emigrado y han dejado la boca como casa sin inquilinos, ocurre á Sesger ó Orombé que para dar huéspedes á semejantes habitaciones, son sin disputa mas eficaces que el ministro de fomento para dar colonos á la república. Si el ca.